

FORTIFICANDO EL DESIERTO: LA TRANSFORMACIÓN DEL PAISAJE PAMPEANO EN EL TERRITORIO DEL ACTUAL PARTIDO DE CARLOS CASARES, 1869-1877

Juan B. Leoni¹, Diana S. Tamburini², Teresa Acedo³ y Graciela Scarafia⁴

Recibido 12 de Agosto de 2013. Aceptado 3 de Marzo de 2013

Resumen

Durante la segunda mitad del siglo XIX se produjo un profundo cambio del paisaje cultural pampeano, que transformó el antes llamado “desierto” en el corazón económico del modelo agroexportador implementado por las elites liberales. Abordamos aquí una parte acotada temporal y espacialmente de este crucial proceso, tomando como escala de análisis el territorio del actual Partido de Carlos Casares (Buenos Aires), en el lapso transcurrido entre 1869 y 1877. En este momento, el paisaje local estuvo marcado por la presencia de la línea de frontera en la zona, un conjunto de emplazamientos militares diseñado para marcar la presencia efectiva del estado en la región, proteger a los pobladores de la zona de las incursiones indígenas y servir de plataforma para la eventual continuación del proceso de apropiación de los territorios indígenas ubicados al oeste y al sur. A través del análisis de fuentes documentales escritas y gráficas se describen los aspectos materiales y simbólicos de este proceso de modificación del espacio físico y social, detallando las distintas intervenciones en el espacio emprendidas para “domesticar el desierto”. Asimismo, se evalúa el efecto material de este proceso, examinando las trazas materiales y simbólicas resultantes del mismo y su persistencia en el tiempo.

Palabras clave: paisaje fortificado, Pampa Húmeda, fuertes, fortines, Carlos Casares

Abstract

A profound transformation of the Pampean cultural landscape took place in the second half of the nineteenth century, which transformed the so-called “desert” into the economic heart of the agro-export model implemented by the Argentine liberal elite. We discuss here a temporally and spatially localized part of this crucial process, taking as an analytical scale the territory of modern Carlos Casares County (Buenos Aires Province), between 1869 and 1877. At that time, the local landscape was marked by the presence of the frontier line, a set of military facilities designed to signal the effective presence of the national state in the area, to protect civilian establishments from raids by indigenous groups, and to serve as an offensive platform for the eventual continuation of the process of appropriation of the indigenous lands located to the west and south. Through the consideration of documentary written and graphic sources, we describe the material and symbolic aspects of this process of modification of the physic and social space, pointing out the different interventions in the space carried out to “domesticate the desert”. Likewise, we assess the material effects of this process, examining its material and symbolic traces as well as their persistence over time.

Keywords: fortified landscape, Humid Pampa, forts, outposts, Carlos Casares

¹ CONICET. Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
Escuela de Antropología, UNR. jbleoni@hotmail.com

² Centro de Estudios Arqueológicos Regionales.
Departamento de Arqueología. UNR. dianatamburini@hotmail.com

³ Dirección de Patrimonio, Museos y Turismo de Carlos Casares. trauku@intercasares.com.ar

⁴ Centro de Estudios Arqueológicos Regionales. UNR. grscarafia@hotmail.com

Introducción

Este trabajo busca abordar una parte bien acotada temporal y espacialmente del crucial proceso de transformación del paisaje cultural pampeano ocurrido en la segunda mitad del siglo XIX. Como es bien sabido, este proceso implicó la transformación del entonces llamado “desierto”, entendido como un área por fuera del ámbito del control efectivo del estado nacional y de la influencia de la civilización, en la “Pampa Húmeda” o corazón económico del modelo agroexportador promovido por la elite política liberal que dirigió el proceso de construcción del estado nacional argentino a partir de 1862

La investigación llevada adelante se enfoca en el breve lapso durante el cual se produjo en el territorio del actual Partido de Carlos Casares (Provincia de Buenos Aires) la “fortificación del paisaje”. Es decir, el asentamiento de las distintas instalaciones militares que componían la línea de frontera en la zona, como parte de la toma de control efectiva por parte del estado nacional del territorio en este lugar y del intento de establecer un sistema defensivo eficaz contra las incursiones de los grupos indígenas. Interesantemente, esta instalación, que se produce en 1869 y se extiende hasta 1877, se realiza en un contexto de presencia preexistente de colonos, que habitaban en la zona ya desde varios años antes, y que convivían cotidianamente con los grupos originarios en una compleja trama de relaciones interétnicas, signadas por diversas prácticas relacionadas con la guerra, comercio, relaciones de trabajo y alianza políticas, desplegadas sobre un territorio que nominalmente formaba parte del estado nacional pero cuyo control sobre el mismo distaba mucho de ser completo.

En este trabajo adoptamos una perspectiva que concibe a la arqueología como el estudio e interpretación del paisaje y la cultura material pretéritos (Quiroga 1999:273; ver también McGuire 1991; Strang 2008; Zarankin 2008; entre otros). El paisaje cultural consiste tanto en el espacio material, natural y construido, como en su representación figurativa y simbólica. Se trata de un espacio definido y humanizado, al cual se asignan significados sociales, ocupando un lugar central en la definición de identidades grupales e individuales. Lejos de ser un espacio pasivo, simple escenario para el desarrollo de las actividades humanas, el paisaje cultural juega un rol activo, siendo a la vez estructurado y estructurante de la agencia humana (David y Thomas 2008; Strang 2008). Los diversos tipos de relaciones sociales se materializan en relaciones espaciales, por lo que el asentamiento de las instalaciones militares en la zona implica no sólo una transformación del espacio físico sino también una forma de control y dominio estatal, expresada tanto en los asentamientos mismos como en su rol simbólico y coercitivo (ver Quiroga 1999:273). Intentamos aquí describir los aspectos materiales y simbólicos del proceso de modificación del espacio físico y social resultantes de la presencia militar en la zona, basándonos fundamentalmente en el análisis de fuentes documentales escritas y gráficas. Una fuente importante de información está constituida por los diversos mapas y planos históricos, aunque entendiendo que los mismos son artefactos altamente simbólicos que representan e interpretan intencionadamente materialidades y relaciones sociales pasadas. Por otra parte, las investigaciones arqueológicas tradicionales en sitios específicos contribuyen a identificar tanto las manifestaciones locales de este proceso como la interacción entre sus dimensiones locales y regionales, expresadas en los conjuntos artefactuales y formas de uso del espacio resultantes de la vida cotidiana en los emplazamientos militares fronterizos. Si bien venimos desarrollando investigaciones arqueológicas en la zona desde hace varios años (e.g. Acedo 1991; Leoni *et al.* 2006, 2007, 2008), no las

detallamos aquí, concentrándonos más bien en la discusión del proceso social general desarrollado a una escala regional. Sin embargo, nos referimos a dichas investigaciones en la discusión al final del trabajo, contextualizándolas críticamente en el marco actual de la revisión de narrativas históricas tradicionales y de construcción de nuevas narrativas que recuperen la voz y presencia de actores sociales generalmente ignorados o poco representados.

El territorio antes de la presencia militar

Ambiente y ocupantes originarios

Si bien no existen estudios arqueológicos específicos para nuestra zona, podemos suponer que, como el resto de la región pampeana, el territorio del actual Partido de Carlos Casares, estuvo habitada por grupos indígenas desde hace milenios. Originalmente tratándose de grupos de cazadores-recolectores móviles (Politis 2012), para el siglo XIX las sociedades originarias de la región pampeana habían experimentado complejos procesos de cambio cultural, en buena medida desatados a partir de la llegada de los españoles. La adopción del caballo, la caza y cría de ganado vacuno, las relaciones de conflicto y comercio con los habitantes hispano-criollos que crecientemente expandían su dominio territorial sobre las tierras pampeanas, contribuyeron a crear configuraciones sociopolíticas específicas, estrechamente vinculadas al desarrollo de la sociedad blanca (Mandrini 1986, 1992; Palermo 2000; Villar 2012). En términos generales, sus asentamientos eran móviles aunque se concentraban reiteradamente en algunos parajes favorables por la presencia de pasturas y aguadas, que a su vez solían estar interconectados por extensas y complejas redes de rastrilladas o caminos, que cumplían funciones económicas, sociales, políticas y simbólicas (Curtoni 2001, 2006, 2007). Una de estas rastrilladas principales pasaba por el actual territorio del Partido de Carlos Casares, junto a la cual se emplazaría luego el Fuerte General Paz y que comunicaba con Guaminí/Laguna del Monte, aunque probablemente otras más y de las cuales no se tiene registro, habrían existido también.

Las relaciones entre los grupos indígenas y la sociedad blanca pasaron por diversas etapas de conflicto y convivencia más o menos pacífica, aunque después de 1852 se rompió el equilibrio que se había creado durante el gobierno de Rosas. Producto en parte de la nueva realidad política surgida tras la batalla de Caseros, se alcanzaron niveles de conflictividad muy altos entre los distintos grupos indígenas pampeanos, especialmente la denominada “confederación salinera”, y el estado de Buenos Aires (segregado de la Confederación Argentina entre 1852 y 1861) primero y el nuevo estado nacional luego de 1862. A partir de entonces la política nacional pasó a ser la de avanzar la línea de frontera para consolidar los territorios ya ocupados y para incorporar nuevas tierras, alejando y eliminando la amenaza que suponía la presencia de los grupos indígenas (Ratto 2007; Villar 2012).

En este contexto, varios caciques pampeanos optaron por establecer relaciones amistosas con el gobierno provincial y nacional, instalándose en la zona aquí considerada o en sus cercanías, y sirviendo en muchos casos como fuerzas auxiliares en la defensa de la frontera. Así, grupos como los liderados por los caciques Tripailaf, Manuel Grande y Coliqueo se establecieron en la zona o estuvieron directamente vinculados con el Fuerte General Paz durante el período de su existencia (ver por ejemplo Gutiérrez 2001

[1886]:28-30, 250-255).

El entorno físico de la zona aquí considerada corresponde al típico de la Pampa Deprimida; es decir, una vasta llanura casi sin elevaciones, excepto por algunos médanos, y con numerosas lagunas, bañados, bajos y pajonales, resultado de una red de drenaje deficiente (Garavaglia 2012:81-82). El paisaje pampeano había estado sufriendo un marcado proceso de transformación de origen antropogénico, resultante de la introducción de animales domésticos por los españoles, su multiplicación en estado salvaje y por la ganadería, tanto indígena como blanca, que modificó la vegetación, mejorando suelos y pasturas, y extendiendo la formación de praderas, mucho antes de la presencia efectiva de poblaciones blancas-criollas estables (Garavaglia 2012:84-87).

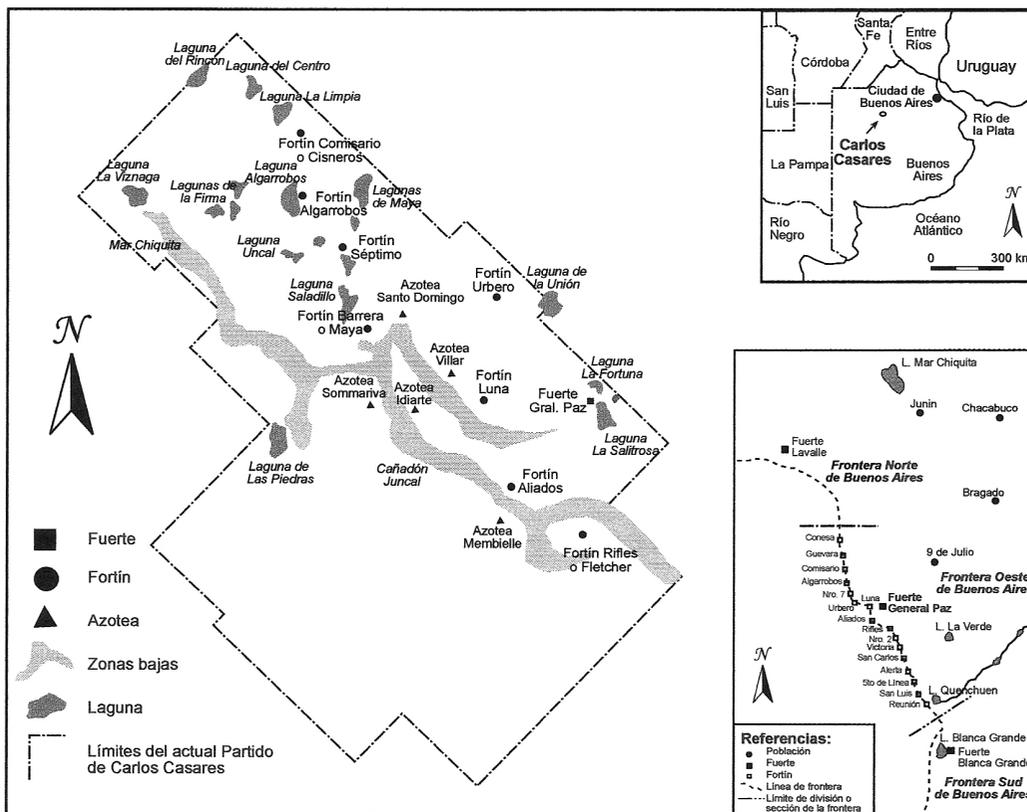


Figura 1. Distribución espacial de las principales instalaciones (fuerte, fortines, azoteas) que componían la Frontera Oeste (1869-1877), en el territorio del actual Partido de Carlos Casares. Derecha abajo: representación gráfica de la línea de frontera como límite físico del estado nacional y como divisoria entre los mundos blanco e indígena (redibujado de Raone 1969).

Las condiciones climáticas estuvieron caracterizadas durante el siglo XIX por marcadas oscilaciones en los ciclos de lluvias, que redundaban en sequías e inundaciones alternantes (Garavaglia 2012:104-107). Para el período comprendido en este trabajo, la

aridez parece haber sido el rasgo dominante. La descripción del terreno en la Frontera Oeste hacia 1872 por el Sargento Mayor Federico Melchert (Ministerio de Guerra y Marina [MGM] 1873:27-28) destaca un paisaje con pocas variaciones, limitadas a campos quebrados, médanos aislados o agrupados, o bien a extensos cañadones, que en la estación de las lluvias ofrecían algunos obstáculos al tránsito (Figura 1). Un rasgo fundamental es la poca abundancia de aguadas naturales, señalándose que las lagunas existentes cerca de la línea contenían, con pocas excepciones, agua salada o amarga. Específicamente para la zona del Fuerte General Paz se menciona que sólo existía una laguna de agua salada, junto a la cual se instaló el Fortín Algarrobos (MGM 1873:27-28).

La visión blanca y la lógica de la representación cartográfica en los siglos XVIII y XIX

Diversos mapas, elaborados por viajeros y estudiosos españoles y de otros países europeos, ilustran cómo esta región era percibida en los siglos previos a su incorporación definitiva al estado nacional argentino. Aparece mayormente como un amplio espacio en blanco o vacío, con aislados rasgos geográficos destacados (lagunas, ríos o serranías), que es denominado con nombres genéricos que hacían referencia a su rasgo topográfico más destacado, las extensas planicies, o a sus habitantes originarios, a veces mezclándose ambas denominaciones al homologarse las características del relieve y el nombre de sus habitantes.

Algunos de los planos más antiguos, que datan del siglo XVIII, hacen referencia directa a los habitantes del territorio, que son denominados genéricamente como “*pampas*”, en obvia referencia a las características geográficas del territorio que habitaban. Esto se ve por ejemplo en la carta de elaborada en 1703 por G. De L'Isle en base a los datos aportados por los padres Ovalle, Techo y otros (publicado en Caggiano 1997:69), donde la zona se designa como “*Pays des Pampas*”. También en el posterior mapa de Cruz Cano y Olmedilla de 1775 (publicado en Caggiano 1997:63), en el cual se emplea la designación “*Pais de los Pampas*”. Ambos mapas señalan algunos rasgos geográficos como ríos y lagunas, incorporando el segundo la ubicación de algunos caminos o rastrilladas indígenas. Sin embargo, ningún elemento vinculado con el territorio actual de Carlos Casares o partidos cercanos aparece mencionado, indicando claramente el carácter de territorio no controlado y poco conocido, por la sociedad colonial de la época.

Ejemplos de mapas posteriores, correspondientes ya a la primera parte del siglo XIX, no aportan mayores detalles topográficos locales específicos, y siguen denominando a la región general apelando o bien a sus habitantes originarios, o bien a las características geográficas regionales. Ejemplo de lo primero es el mapa de 1812, “*Viceroyalty of La Plata*” de la firma Thomas y Andrews de los Estados Unidos (<http://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~31723~1150518>), que utiliza el apelativo “*Country of the Pampas*” para designar a la región pampeana, agregando la denominación específica “*chechets*” para designar a un grupo específico, supuestamente ubicado próximo a nuestra área de estudio. Ejemplo de lo segundo es un plano francés de 1825, la “*Carte géographique, statistique et historique de Buenos-Ayres. Rep. de Buenos-Ayres ou des Provinces Unies de l’Amerique du Sud*”, de la firma Buchon Carey & Lea, en el que se emplea la expresión “*Grandes Plaines ou Pampas*” (<http://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~34421~1180051>).

En planos posteriores, ya mucho más cercanos a nuestro período de estudio, se in-

corporan los nombres de algunas parcialidades indígenas, así como un mayor número de rasgos naturales y culturales, reflejando tanto el avance espacial de la sociedad criolla como el mejor conocimiento de los territorios allende las fronteras derivado de este avance, así como el uso de mejores y más precisas técnicas cartográficas. Esto puede verse en dos mapas franceses, ambos de la conocida firma Martín de Moussy. En el primero de ellos “*Carte de l’Amerique du Sud divisee en ses differents etats*”, que data de 1867 (<http://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~20531~510057>), se emplea tanto la denominación genérica de “*Region des Pampas*”, como la ubicación de grupos específicos que llama “*Indiens Pampas*” e “*Indiens Ranquels*”. El segundo es un mapa mucho más detallado, “*Carte de la Province de Buenos-Ayres et des regions voisines*” de 1867 (<http://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~20537~510063>) y en él se denomina a la región como “*Territoire Indien du Sud*”, ubicando de manera general a los grupos denominados ranqueles y pampas, y, en nuestra zona de estudio, a los que llama *Coluqueo-ches*, posiblemente en referencia al nombre del cacique Coliqueo y la parcialidad bajo su mando, para ese entonces aliada al gobierno nacional. Este plano marca también una diferencia sustantiva al incorporar rasgos naturales como lagunas, ríos y serranías, así como también rasgos culturales, tales como campamentos y rastrilladas indígenas, fuertes y fortines (Fuerte del 25 de Mayo, Fuerte del Bragado, Fortín Rauch, por mencionar sólo los más cercanos a nuestra área de estudio) y localidades principales (Saladillo, Junín, Chivilcoy, entre otros). Es de destacar que no es habitual el empleo en la cartografía del término “desierto” para referirse a la zona pampeana general, aunque claramente el término era de uso corriente, como muestran diversas fuentes escritas de la época.

La ocupación criolla previa a la presencia militar

Si bien los mapas presentados arriba no muestran en general ningún rasgo relevante, población o asentamiento en nuestra área de estudio, la realidad es que al menos desde principios de la década de 1860 se desarrollaba ya una actividad de expansión de las ocupaciones criollas en la zona, muy por fuera de la línea de frontera militar oficial del estado. Las primeras mensuras en el territorio del actual partido de Carlos Casares datan de 1864, correspondiendo a tierras entregadas y/o vendidas por el gobierno de Buenos Aires “afuera de fronteras”, en parcelas de dos o tres leguas cuadradas, con una inclinación siguiendo un eje noroeste-sureste. Las mismas correspondían, según el Registro Gráfico de la Provincia de Buenos Aires, a las parcelas número 124 de Saturnino López, número 162 de Francisco Verón, número 163 de Antonio Maya, número 177 de Lorenzo Manterota y número 179 de Cayetano Urbero (Sigwald Carioli 1978, 1981). Las tierras se delimitaban con mojones de hierro y/o madera, y las mensuras eran efectuadas por agrimensores profesionales enviados por la provincia. Sin embargo, no bastaba con eso para asegurar la propiedad, dado que se exigía dar constancia de presencia efectiva, materializada en la construcción de viviendas y el desarrollo de actividades productivas. En suma, la colonización real empezaba mucho antes que el estado asegurara estos territorios con la presencia militar y para cuando se produjera dicha presencia militar, la mayoría de los campos tendrían ya formalmente dueños y habitantes blancos y criollos.

Según recientes discusiones teóricas acerca de la caracterización de distintos tipos y formas de situaciones fronterizas (McCarthy 2008; Parker 2006), el proceso arriba descrito se ajustaría a una condición definida específicamente como “frontera” (en

inglés “*frontier*”), la que se entiende como un área o zona de transición situada entre dos entidades culturales y/o políticas distintas (Parker 2006:79-80). La frontera en este sentido implica una actitud y mirada “hacia fuera”, constituyendo un lugar desde el cual los colonos contemplan los espacios situados más allá con la intención de emprender su futura colonización (McCarthy 2008:203). La llegada de la línea militar, a su turno, supuso un intento de que la zona se transformara en “límite” (en inglés “*border*”), o línea divisoria formalmente establecida y fijada en el espacio para marcar la separación o los bordes de una entidad política-administrativa, en este caso el estado nacional argentino (McCarthy 2008:203; Parker 2006:79). En todo caso, este intento tendría sólo un éxito parcial y sería de corta duración, y no eliminó o transformó sustancialmente el carácter de “frontera” que la zona había adquirido en los años previos a la presencia militar a gran escala.

La presencia militar: la Línea de Frontera de 1869 y la Frontera Oeste de Buenos Aires

El avance general de la línea de frontera, para rectificar la situación descrita más arriba, fue planificado durante la presidencia de Sarmiento, aunque sólo pudo hacerse efectivo hacia 1869; la Guerra del Paraguay y numerosas dificultades políticas y financieras demoraron este proceso. Bajo la dirección del coronel de ingenieros Juan F. Czetzy (antiguo oficial militar húngaro) se traza una nueva línea de frontera, cuya construcción se inicia en 1869. Los trabajos específicos en la sección de la misma denominada “Frontera Oeste”, ubicada en su mayor parte en el actual territorio de Carlos Casares,¹ comenzaron en septiembre de ese año, bajo las órdenes del coronel Antonino López Osornio. Este último sería reemplazado al poco tiempo por el coronel Juan C. Boer, quien completaría los trabajos de construcción de la línea (MGM 1870:176-179). Para fines de 1869 la Frontera Oeste se hallaba terminada. Tenía una extensión aproximada de 198 km y se componía de entre 12 a 14 fortines (8-10 de ellos situados en el actual Partido de Carlos Casares), espaciados a distancia regular (dos leguas o menos), con la comandancia ubicada en el Fuerte General Paz, a dos leguas a retaguardia en el centro de la línea (Figura 1). Varias “azoteas”, o puestos militares instalados en estancias civiles, complementaban el despliegue militar (MGM 1870:149-179, 274-277; ver también Leoni *et al.* 2008; Sigwald Carioli 1981; Thill y Puigdomenech 2003).

La línea fue planificada como un sistema defensivo en el que las distintas partes se integraban cumpliendo misiones específicas. Los fortines y azoteas servían como puestos de vigilancia, encargados de dar la alarma ante incursiones indígenas, y la guarnición del fuerte, mucho más numerosa, se empleaba como fuerza de respuesta para enfrentar los malones. La realidad de las carencias presupuestarias y de personal, hicieron que su funcionamiento no siempre tuviera la eficacia originalmente planificada.

Esta línea defensiva constituyó el rasgo físico dominante del paisaje cultural local entre 1869 y 1877, y suponemos que la vida social y económica de los habitantes no militares de la zona también se vio afectada de distintas maneras por su presencia. La línea constituía sin duda una materialización de los límites y de la presencia del estado nacional y, en este sentido, constituía un rasgo fijo, permanente y visible en el terreno, aunque su carácter era al mismo tiempo temporario, en tanto la idea de trasladarla hacia el oeste y sur estuvo presente desde su misma construcción. En el plano simbólico, la línea militar intentaba marcar la separación efectiva entre la “civilización” y la “barbarie”, algo que

se veía plasmado en su representación gráfica en los mapas de la época (y reproducida en numerosos libros de historia hasta la actualidad). Así, la línea de frontera aparece como un trazo continuo en un mapa (e.g. Raone 1969), presentándose como una barrera que separaba dos mundos distintos (Figura 1). Sin embargo, esto es más una ilusión (intencionalmente buscada) derivada de la representación gráfica misma, que una realidad para las personas y grupos que habitaban la zona en esa época. En efecto, la llamada “línea” constituía más bien una frontera “porosa” (*sensu* Parker 2006), que tanto indígenas como criollos cruzaban habitualmente en interacciones y contactos de diverso tipo, ya sea pacíficos como belicosos (Palermo 2000; Ratto 2007; Rocchietti 2007). Igualmente, la presencia de los puestos militares no habría sido percibida y significada de la misma manera por los diferentes actores sociales que se relacionaban con ellos. Los indígenas la habrían visto como un obstáculo a su libre tránsito por la región y como una intrusión en sus tierras; los colonos criollos como un factor de seguridad y protección, pero también como una molestia en muchos casos; los comerciantes criollos como una oportunidad de hacer lucrativos negocios; los oficiales militares como un servicio que debían cumplir para ascender en sus carreras; los soldados como un espacio de castigo (Gómez Romero 2002, 2007); entre muchas otras percepciones concurrentes y simultáneas. De aquí que constituyera entonces un paisaje cultural múltiple, construido con varias capas de significación superpuestas, distintas y contradictorias.

Estrategia militar y domesticación del desierto pampeano

La presencia del estado nacional a través de su brazo militar inició un proceso de transformación efectiva del espacio, a través de una serie de intervenciones materiales y simbólicas en el entorno, destinadas a modelar y domesticar el paisaje del así llamado desierto pampeano. Estas intervenciones fueron de diverso tipo, e incluyen:

1- La construcción de los asentamientos militares mismos, como una forma de imponer control, vigilancia y materializar la presencia del estado en lo que entonces eran sus confines.

El Fuerte General Paz era la estructura de mayor tamaño y complejidad de este dispositivo militar (Figura 2). Según los informes elevados por los sucesivos comandantes de la Frontera Oeste, el fuerte tenía un núcleo o ciudadela consistente en un cuadro de unos 150 m de lado, que contenía algunos edificios principales de ladrillo y adobe (comandancia, mayoría, hospital, botica, comisaría de guerra), así como ranchos y carpas para el alojamiento de la tropa, sus familias y población civil asociada al fuerte. En el centro del fuerte se hallaba un reducto de tierra en forma de estrella de seis puntas, equipado con cañones y un mangrullo de vigilancia. Todo el conjunto estaba circundado por un foso de 4 m de boca por 3 m de profundidad y un talud de 1 m de altura. La guarnición del fuerte fue variable a través de los años en que funcionó, aunque incluyó normalmente un regimiento de caballería y un batallón de infantería (que proporcionaban además el personal para los fortines), con el apoyo de fuerzas auxiliares compuestas por baqueanos y contingentes de Guardias Nacionales e indios amigos de las tribus de Coliqueo, Manuel Grande y Tripailaf (MGM 1870:119-352, 1873, 1874:521-523, 1875:169-169, 1876:177-179; ver también Leoni *et al.* 2006, 2008; Sigwald Carioli 1981; Thill y Puigdomenech 2003).

El informe elevado al Ministerio de Guerra en 1870 (MGM 1870:178), presenta una descripción exhaustiva de los edificios que componían el recién fundado fuerte. Se descri-

ben en cierto detalle las dimensiones y características de la comandancia, *detall* (oficina encargada de los asuntos administrativos) de división, mayoría del Regimiento 5° de Caballería, hospital, botica y comisaría de guerra, edificios todos que tenían según el informe pisos de ladrillos y estaban blanqueados con cal. Por ejemplo, la comandancia del fuerte tenía dos pisos, paredes dobles, y un tamaño de 8 m de largo por 5 m de ancho, “con 3 ventanas de vidriera en la pieza de arriba y una puerta y dos ventanas en la pieza baja” (MGM 1870:178). La construcción era en general de adobe, necesitándose 140000 bloques de adobe para construir los edificios arriba señalados. Para alojar a los oficiales y tropa de los dos regimientos que componían la guarnición se erigieron alrededor de 100 ranchos, construidos “en forma de cabaña, de caña de tacuarilla, techos pajizos y de capacidad para 6 soldados” (MGM 1870:178). Dos años después, Federico Melchert, oficial y topógrafo prusiano incorporado al ejército para realizar tareas cartográficas, visita el Fuerte General Paz como parte de su recorrido de inspección de la línea, y menciona edificios de material cocido y techados de zinc, ranchos con paredes de adobes crudos o paja embarrada y techos de caña y paja (MGM 1873:33).

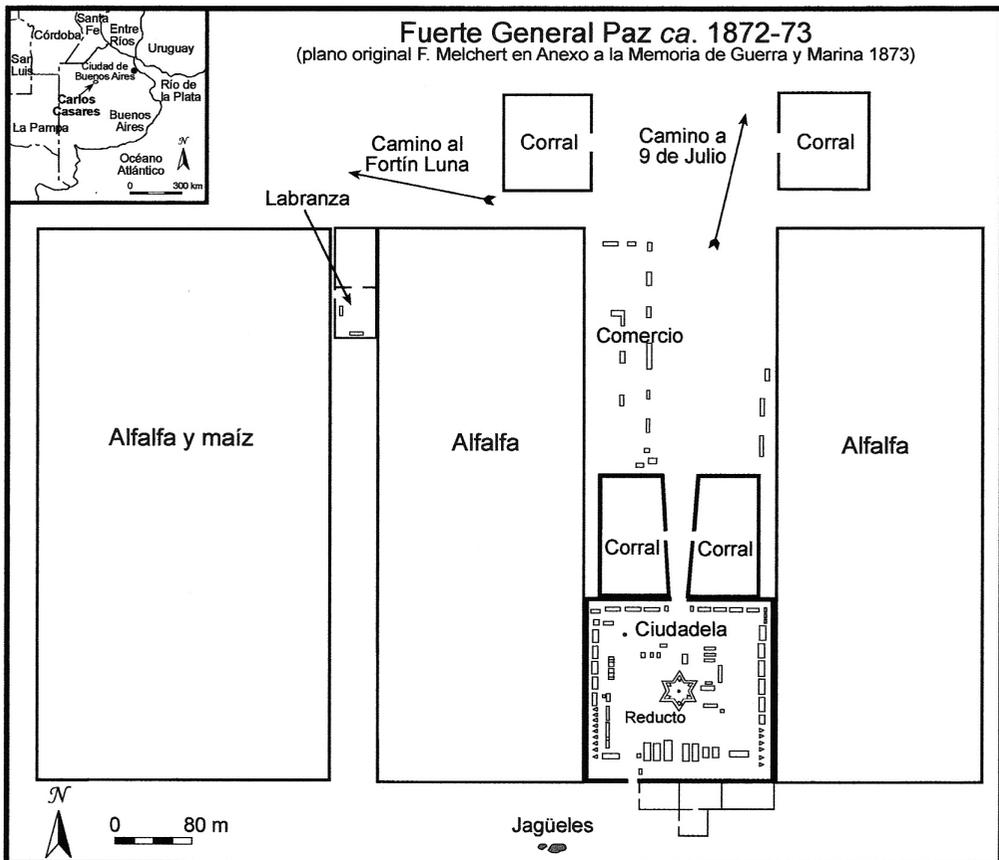


Figura 2. Plano del Fuerte General Paz, redibujado en base al original de Federico Melchert (Anexo a la Memoria de Guerra y Marina de 1873).

A lo largo de su breve existencia, el fuerte sufrió numerosas modificaciones, con el agregado de nuevas instalaciones y la reconstrucción de algunos de los edificios originales. Informes posteriores dan cuenta de este proceso (MGM 1873:xxiii; 1874:512-523; 1875:175; 1876:177-179), destacando que tras la revolución de 1874 tuvieron que emprenderse extensivos trabajos de reconstrucción, reparación y saneamiento del fuerte y los fortines, por haber estado prácticamente abandonados durante varios meses al ausentarse sus guarniciones para participar en los eventos bélicos relacionados con dicha revolución.

Los fortines, por su parte, eran de variada forma, predominando los circulares, contruidos de tierra y césped (panes de tierra con pasto). Su guarnición era muy reducida, compuesta generalmente por un oficial y entre cinco y diez soldados (MGM 1873:30-33). Se emplazaban en lugares de mayor visibilidad, cerca de fuentes de agua potable o cerca de establecimientos civiles preexistentes. Esto puede verse ejemplificado en el plano de una mensura de campos privados (pertenecientes a José Marguerat y Eduardo Stephenson) de 1869, que muestra la ubicación de dos puestos militares (Fortín Aliados y azotea Dick, luego redenominada Fortín Dick o Cortaderas) junto a dos estancias civiles (Mensura nro. 7 de Carlos Casares, practicada por el agrimensor Carlos Vaschetti, diciembre de 1869; publicada en Thill y Puigdomenech 2003:167) (Figura 3). Al igual que el fuerte, fueron refaccionados a lo largo de su historia de uso, siendo algunos abandonados y construyéndose otros nuevos en el transcurso de estos años, según las necesidades militares y de acuerdo con la disponibilidad de recursos y personal para sostenerlos.

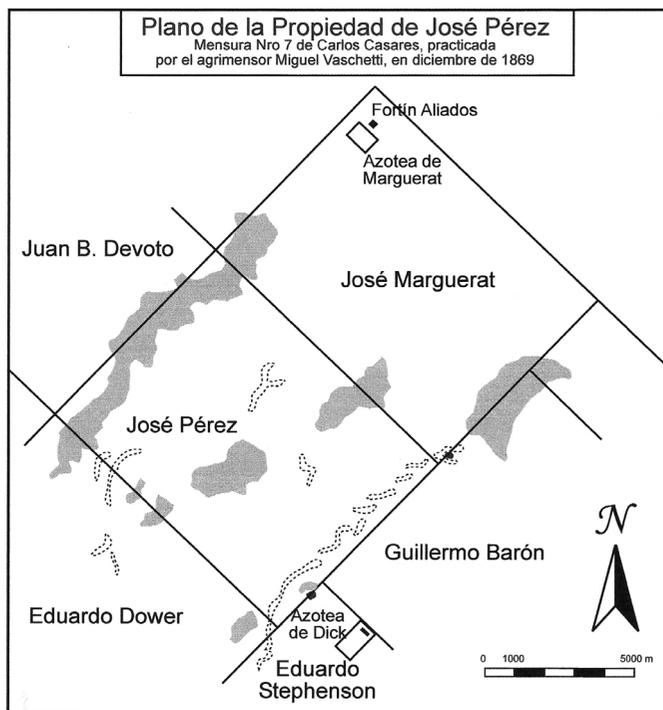


Figura 3. Plano de mensura de la propiedad de José Pérez, realizado por el agrimensor Carlos Vaschetti, diciembre de 1869 (redibujado de Thill y Puigdomenech 2003:167).

2- La creación de grandes potreros para sembrados, tanto de forrajes (maíz, alfalfa y cebada) para manutención de las caballadas, como de cultivos para alimentación de la tropa (verduras, maíz). Esto era una práctica integral del esfuerzo fortificador y ya el coronel Czetz lo destacaba en 1869: “Los fortines de toda la línea están en vías de construcción ó ya concluidos y guarnecidos...habiéndose hecho también en casi todos los puntos céntricos sementeras de maíz y alfalfa en mayor o menor estension...” (MGM 1870:149-150). Confirmando esta aseveración, el comandante de la Frontera Oeste, coronel Boer, informa en marzo de 1871 de la construcción en el Fuerte General Paz de cuatro potreros para hacienda y caballadas y otros cuatro para sembradios, aclarando que los soldados de la guarnición comen como parte de su rancho verduras plantadas en el lugar (MGM 1871:194-196). Al año siguiente, como parte de su recorrido por la línea de frontera, Federico Melchert, reporta que había 386400 m² de maíz, alfalfa y cebada sembrados, plasmando esto gráficamente en su conocido plano del fuerte (MGM Anexo 1873:33) (Figura 2).

Es destacable también que las listas de envío de materiales a la Frontera Oeste incluyen no sólo armamentos y equipos militares, sino también la entrega regular de implementos agrícolas (e.g. MGM 1870:434-435). Informes posteriores muestran que esta práctica seguía siendo desarrollada e incluso intensificada (e.g. MGM 1874:523), por ejemplo con la construcción de un rancho para depósito de granos y útiles de labranza (MGM 1876:177-179). Sin embargo, las dificultades del ambiente no siempre permitían cosechas exitosas, como lo indica el teniente coronel Freire al informar que se sembraron 20 tiros de maíz en el Fuerte General Paz “...del que mucho fue destruido por las langostas” (MGM 1876:179).

3- El desarrollo de la ganadería, tanto para la alimentación como para el transporte de las tropas. Por ejemplo, en 1876 se informa que la guarnición de la Frontera Oeste disponía, bajo el rótulo de “Elementos de Movilidad”, de 280 caballos de reserva, 815 caballos de marcha, 829 caballos de invernada, 150 mulas, 19 bueyes (MGM 1876:177-179). El suministro de carne vacuna era contratado a proveedores privados, aunque era común que las tropas también criaran ganado por su cuenta. De esta manera, el ejército ampliaba la actividad ganadera en la zona, la que, como se mencionó antes, tuvo un impacto fundamental en el cambio de la vegetación pampeana y en el enriquecimiento de sus suelos (Garavaglia 2012).

4- La plantación de grandes cantidades de árboles para obtener reparo del viento y del sol, aminorar la escasez natural de leña, proveer material de construcción, y también para proporcionar referencias visuales en el mayormente homogéneo espacio pampeano. Ejemplo de esto es la plantación, según informa el comandante Boer, de 25000 árboles, principalmente álamos y sauces, de los que sólo entre 8 y 9000 prosperaron, a causa de la sequía (MGM 1871:194-196; MGM 1873:33).

5- Extensos cavados de zanjas, necesarios ante la falta o escasez de alambrado y empalizadas de palo a pique. Este zanjeo se hacía tanto con fines defensivos, rodeando los reductos militares en combinación con taludes erigidos con la tierra removida de las zanjas, como para actividades productivas, delimitando corrales, potreros y sembrados. Así por ejemplo, el coronel Boer, al describir los trabajos de construcción en el fuerte, menciona entre otros elementos construidos, “2 potreros para caballadas de 100 x 100 m con foso y pared”, un “corral para hacienda de 50 x 50 varas con foso y pared” y un reducto con “pared de adovón y parapeto y foso de 2 y media varas de ancho por 1 y media

varas de profundidad” (MGM 1872:53). Asimismo, el comandante que lo sucedió, Hilario Lagos, informaría a sus superiores que: “Circunvalando al gran potrero de alambre, hay construido más de 4000 varas de zanjeado. Estas mismas obras se han hecho, exterior é interiormente en el Fuerte para asegurar los corrales y dar desagüe á las aguas estancadas en el antiguo foso” (MGM 1873:42), dando clara cuenta de la extensión de los trabajos de alteración del terreno por zanjeado realizados en el marco de la instalación militar.

6- El cavado de pozos y jagüeles para la obtención de agua para hombres y animales, dada la escasez de fuentes naturales de agua potable en la zona (MGM 1873:27). Estos pozos se cavaban dentro y fuera de las instalaciones militares, como puede observarse en los diversos planos elaborados por Melchert (MGM 1873) y en informes de la época (MGM 1871:194-196; 1876:177-179), destacando los cavados dentro del Fuerte General Paz, que fueron “calzados con pipas” para su mejor funcionamiento (MGM 1870:178).

7- El trazado de caminos que vinculaban los fortines entre sí y con poblaciones y establecimientos civiles. Esto se complementa con el establecimiento de sistemas de mensajeros, y hacia 1876/77, con el establecimiento de líneas de telégrafo militar. Estos aspectos quedan plasmados gráficamente en los sucesivos planos de la Frontera Oeste por parte de los ingenieros militares Federico Melchert y de Jordán Wysocki, (topógrafo polaco contratado por el ejército argentino) (ver más abajo).

8- Una colonización simbólica del espacio, expresada en los nombres empleados para los fortines y otros lugares, que apelan en general a próceres de la historiografía liberal para materializar el discurso del estado. Ejemplos de esto lo constituyen la elección de los nombres General Lavalle, General Paz y General San Martín para designar a tres de los cuatro fuertes comandancia de la frontera bonaerense entre 1869 y 1877 (el restante era el Fuerte Blanca Grande). Sin embargo, esto sólo parece haberse manifestado parcialmente y en relación a los emplazamientos principales. La mayor parte los fortines de la Frontera Oeste se designaron mucho más pragmáticamente, tomando los nombres de los parajes (e.g. Algarrobos, La Larga, en referencia a lagunas cercanas; o Médano San Luis, Médano de la Reunión) o de los propietarios civiles de las tierras donde se ubicaban (e.g. Cisneros, Guevara, Luna, Fletcher, Dick, Urbero, Amaya), ocasionalmente retomando también topónimos indígenas (e.g. *Quenechin* o *Quenehuin*, *Pichicarwel*). Pocos de los fortines de esta línea referían a nombres de oficiales (e.g. General Conesa) o hechos militares (e.g. Aliados, en posible referencia a la Guerra de la Triple Alianza; Séptimo, en referencia al Batallón 7 de Infantería; Rifles, en alusión a las armas de cañón rayado en servicio en el ejército en esa época) (MGM 1869 a 1876; Thill y Puigdomenech 2003). De todas maneras, la denominación de los fortines solía ser muy flexible, teniendo algunos de ellos dos o más nombres a lo largo de su historia de uso.

Por otra parte, es destacable que la “colonización espiritual”, o la actividad institucional de la iglesia junto al ejército, no fue un punto central de la presencia militar. Si bien se hacían servicios religiosos regularmente en los cuarteles militares, la planta de personal en la Frontera Oeste en el período considerado no incluyó nunca capellanes, ni se menciona en los distintos informes y planos oficiales la construcción de capillas o iglesias dentro o cerca de los asentamientos militares.

8- La “conquista cartográfica”. Un aspecto fundamental de la presencia militar en la frontera fue la realización de trabajos de relevamiento cartográfico del terreno donde se ubicaba la línea y más allá, en previsión de campañas ofensivas contra las parcialidades indígenas y del adelantamiento eventual de la línea de frontera. Así, en 1872 se llevan a cabo trabajos de relevamiento dirigidos por los ingenieros militares Czetzy y Melchert,

que se traducen en una serie de planos de la línea de fronteras pero también de terrenos hasta entonces desconocidos.² El “*Plano topográfico de la Frontera Oeste de Buenos Aires*”, elaborado por Melchert y publicado en 1873, es un ejemplo de esto. En este plano, elaborado fundamentalmente en base a los datos proporcionados por la expedición de Hilario Lagos en 1872 hacia los toldos de Pincén (localizados a más de 300 km de la línea de frontera), se señalan rasgos topográficos como médanos, lagunas de agua salada y dulce, cañadones y bajos, así como parajes con pasturas y agua ocupados por los indios y las rastrilladas o caminos que los comunicaban. Resultado de esta exploración, se concluye que la Frontera Oeste y los terrenos colindantes hacia el oeste se presentan como una buena plataforma ofensiva contra los grupos ranqueles ubicados al norte; contra Calfucurá siguiendo el camino que pasaba por el Fortín San Carlos en la izquierda de la línea; y contra Pincén desde el centro de la línea (MGM 1873:18-19). En un plano posterior, la “*Carta topográfica de la pampa y la línea de defensa (actual y proyectada) contra los indios*”, Melchert integra la información disponible, propia y de terceros, para producir un plano general de la línea de frontera, que incorpora los puntos que serían conquistados con el próximo avance de la línea en 1876.

Ya hacia fines del período aquí considerado, los trabajos cartográficos se complementan con los planos elaborados por el Sargento Mayor Jordán Wysocki (“*Plano General de la nueva línea de Fronteras sobre la Pampa*” y “*Plano General de las líneas del telégrafo militar*”), que muestran el desplazamiento de la frontera hacia el oeste, así como la nueva red de telégrafo militar que conectaba las diferentes guarniciones con Buenos Aires, ampliando notablemente el área relevada cartográficamente, así como la cantidad y calidad de los detalles señalados. Este proceso de apropiación cartográfica del territorio sería completado y profundizado, tras el desplazamiento de la línea militar, por agrimensores y topógrafos civiles en los años subsiguientes.

Transformaciones tras el avance de la frontera y el fin de la presencia militar

Tras el avance de la frontera en 1876 ordenado por el ministro Adolfo Alsina, la presencia militar en la zona se reduce drásticamente, quedando la antigua línea como “Segunda Línea” o “Línea Interior” de la Frontera Oeste, con una guarnición muy reducida y con la mayoría de sus fortines abandonados (MGM 1877, 1878).

Los cambios en el paisaje se suceden rápidamente. En poco tiempo se completan las mensuras de la zona. La llegada del ferrocarril a fines de la década de 1880 estimula el surgimiento de pueblos y ciudades, como Pueblo Maya (luego Carlos Casares) en 1897, y de colonias agrícolas, en especial la colonia Mauricio de inmigrantes israelitas fundada en 1891 (Sigal 1972; Sigwald Carioli 1978). Se produce así una extensiva transformación del paisaje con la actividad agrícola-ganadera privada. El crecimiento demográfico y la llegada de inmigrantes acompañan una creciente fragmentación y parcelación de la tierra, que es ahora delimitada con alambradas y atravesada por múltiples caminos. El nuevo paisaje productivo de la Pampa Húmeda, corazón del modelo agroexportador liberal, engulle rápidamente a la antigua línea de frontera militar.

La transformación espacial queda bien registrada gráficamente en los nuevos mapas y mensuras, que si bien aún destacan la presencia de los antiguos emplazamientos militares y de los caminos que los vinculaban como un elemento importante en la geografía local, se focalizan más en los rasgos que definen a la nueva realidad: pueblos, ferrocarriles, telégrafos, lotes y parcelas privadas. Ejemplo de esto lo constituyen tanto mapas comerciales

generales, como el de Mariano Paz Soldán “*Provincia de Buenos-Aires*”, de 1888 (<http://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~20648~570025>) como los más específicos planos de mensura, tales como los de las propiedades de Cándido López y de Anselmo Trejo, de 1879 (Figura 4). Ambas mensuras muestran claramente la presencia del Fuerte General Paz e instalaciones relacionadas con el mismo, tales como el cementerio, almacén de ramos generales y un gran potrero, así como de los fortines Rifles y Aliados, y de los caminos que los interconectaban, aunque ahora todos incorporados a propiedades privadas. Para 1905, el “*Atlas del Plano Catastral de la República Argentina, Hoja No. 53*”, del agrimensor Carlos de Chapeaurouge (The Library of Congress, http://memory.loc.gov/cgi-bin/map_item.pl), muestra que el paisaje pampeano ha tomado en gran medida su forma actual y que el orden espacial cartesiano ha sido definitivamente impuesto al otrora desierto pampeano (Figura 5). En este plano de principios del siglo XX, la vieja línea de frontera, con sus fortines y caminos, todavía está presente en la representación cartográfica del territorio, con el Fuerte General Paz (mal llamado “Coronel” en el plano) señalado como un nodo en donde confluyen varios caminos.

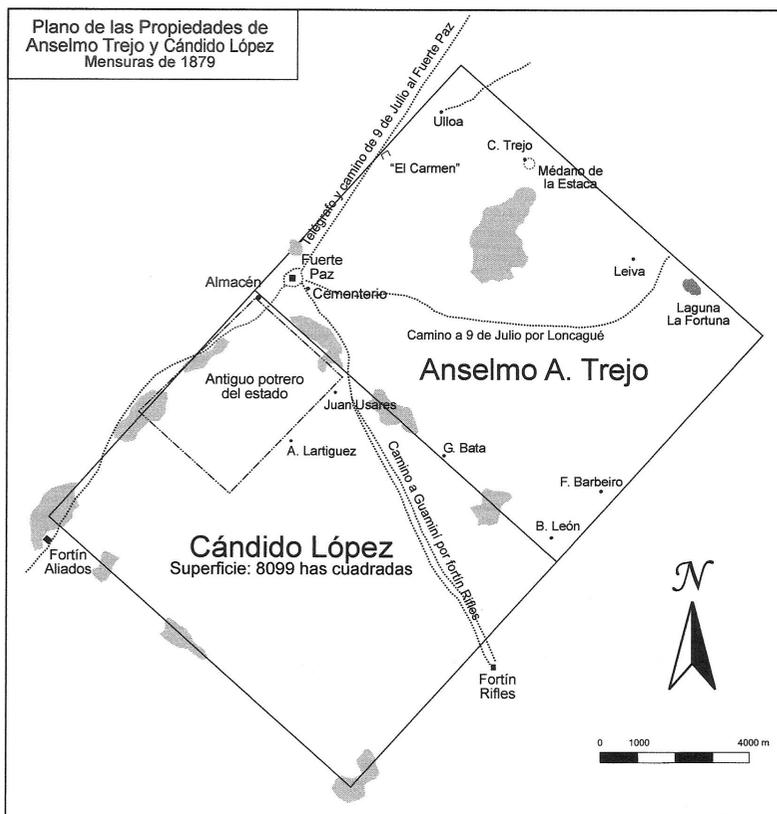


Figura 4. Planos de mensura de las propiedades de Cándido López (efectuado por el agrimensor Alfredo Thamm) y de Anselmo Trejo (efectuado por el agrimensor Julio S. Salas), 1879 (redibujadas a partir de la mensura original de A. Trejo y del plano de C. López, en Thill y Puigdomenech (2003:181).

Paz, habrían perdurado hasta bien entrado el siglo XX (Sigal 1972). Sin embargo, hoy sólo un pequeño montículo y algunas lomadas alargadas subsisten de lo que fuera entonces un complejo enclave social de frontera.

Esta difusa persistencia en el terreno, en la toponimia y en la memoria oral, se ha reforzado ocasionalmente con diversos eventos de conmemoración, públicos y privados, que se han visto materializados en publicaciones, actos y monumentos o marcas recordatorias de distintos tipos. Estos últimos incluyen plaquetas o carteles indicativos de la ubicación (con grados variables de precisión) de algunos de los fortines y un monolito de cemento conmemorativo del centenario del Fuerte General Paz (Figura 6). Como toda evocación del pasado, estos actos, realizados en distintos momentos y contextos, han tenido diversos intereses. Generalmente buscaban celebrar la “conquista del desierto” y reivindicar la lucha contra los indios y la colonización, en el marco de visiones tradicionales de la historia nacional y regional, pero en ocasiones también han tomado la forma de simples señalizaciones de lugares con un vago significado histórico o emocional, sin mayor reflexión política o moral explícita.



Figura 6. Conmemoración y memoria histórica. Izquierda arriba: monolito en el Fuerte General Paz; izquierda abajo: plaqueta en campo donde se ubicaba el Fortín Cortaderas; derecha: poste en Fortín Algarobos.

Más recientemente, las apelaciones al pasado suelen incorporar visiones más críticas, rescatando la presencia de los pueblos originarios y la complejidad de las relaciones interétnicas que tuvieron a la línea de frontera como escenario. La investigación arqueológi-

ca juega en esto un rol principal y ejemplo de ello es la creación reciente de una muestra permanente de arqueología de frontera en el museo Histórico de Carlos Casares (Acedo *et al.* 2010). Esta muestra contribuyó a la reapertura del museo, recuperándose un espacio destinado no sólo al planeamiento de exposiciones con objetivos específicos, sino también un espacio en donde se elaboró, junto con las escuelas locales, un programa educativo que posibilita que tanto los alumnos como el conjunto de la comunidad tengan la oportunidad de hacer uso adecuado de los materiales para cimentar su información sobre el pasado. Por su parte, los artefactos exhibidos, muchos de ellos provenientes de las investigaciones arqueológicas, ejemplifican el modo de vida, estrategias de supervivencia, tecnología y ocupación del espacio geográfico de los pueblos originarios y de los nuevos ocupantes de la frontera. De esta manera se visualiza la convivencia de los indios amigos con los fuertes y los incipientes núcleos poblacionales, aportando una nueva visión del pasado, que contrasta con las visiones tradicionales surgidas de los relatos de algunos protagonistas y de historiadores posteriores (Acedo *et al.* 2010). En cierta forma, los viejos fortines pasan a ser nuevos lugares de disputa ideológica, al enfrentarse visiones historiográficas tradicionales con nuevos y distintos relatos acerca del pasado, transformándose así en lugares de memoria variables y contradictorios según las perspectivas y agendas políticas de los distintos sujetos sociales.

En este contexto, es necesario reconocer que la arqueología viene, explícita o implícitamente, a constituir un acto más de memoria en este proceso, contribuyendo no solo a ubicar y recuperar las trazas materiales de los antiguos paisajes culturales, sino también examinando sus significados pasados y presentes. Es inevitable, entonces, que la investigación arqueológica participe en el debate político y moral acerca del pasado estudiado, y, siguiendo a Paul Shackel (2003), es su responsabilidad que al construir una memoria particular del pasado lo haga con responsabilidad, por ejemplo, incluyendo a grupos subordinados no incluidos o relegados en relatos anteriores sobre el pasado en cuestión. Es de esta manera, a nuestro entender, que se justifica la búsqueda de los remanentes de aquel paisaje fortificado del siglo XIX, diluidos como están en el palimpsesto material, ambiental y simbólico que es el paisaje pampeano bonaerense actual.

Notas

1. La frontera en la provincia de Buenos Aires se dividía en cuatro secciones: Norte; Oeste o Centro; Sur; y Costa Sur. Entre 1869 y 1877 las comandancias de las distintas secciones fueron los fuertes General Lavalle, General Paz, Blanca Grande y San Martín, respectivamente.

2. El rol clave de la cartografía para la conquista efectiva de los territorios ocupados queda explicitado en una afirmación de Carlos de Chapeaurouge (1899:7), agrimensor pionero de amplia labor en la región pampeana y autor de un Atlas Catastral de la República Argentina: "... Los conocimientos científicos que debe tener el Agrimensor para tales operaciones y aún el género de vida á que le obliga el ejercicio de su profesión, hacen de él una individualidad especial y á muchos de ellos, los emisarios de la civilización y progreso. Son ellos los primeros que han tomado posesión del desierto, fraccionando la tierra y preparando su fácil enajenación á las poblaciones futuras de estos nuevos Estados...".

Bibliografía

ACEDO, T. 1991. Un acercamiento al Fortín Algarrobos. Manuscrito en posesión del autor.

- ACEDO, T.; D. TAMBURINI y G. SCARAFIA. 2010. Comunidad, museología y arqueología. Ponencia presentada al 12° *Encuentro de Historia y de Arqueología Postconquista de los Pueblos al Sur del Salado*, Olavarría.
- ACEDO, T.; J.B. LEONI; D. TAMBURINI y G. SCARAFIA. 2011. "...Un lugar sobre la colina, cerca de la laguna...": una aproximación al cementerio judío de Algarrobos (Colonia Mauricio; Carlos Casares, Pcia. de Buenos Aires). En *Temas y problemas de la Arqueología Histórica, Tomo II*, editado por M. Ramos, A. Tapia, F. Bognanni, M. Fernández, V. Helfer, C. Landa, M. Lanza, E. Montanari, E. Néspolo y V. Pineau, pp. 271-284. PROARHEP, Departamento de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Luján. Editorial DOCUPRINT, Buenos Aires.
- ARCHIVO MUNICIPAL DE 9 DE JULIO. 1869-1900. Documentos municipales, Partido de 9 de Julio. Buenos Aires, Argentina.
- CAGGIANO, M.A. 1997. *Chivilcoy, biografía de un pueblo pampeano*. La Razón de Chivilcoy, Chivilcoy.
- CHAPEAUROUGE, C. 1899. *Tratado de Agrimensura*. Editorial Schurer-Stolle, Buenos Aires.
- CURTONI, R.P. 2001. La percepción del paisaje y la reproducción de la identidad social en la región pampeana occidental. *TAPA* 19:115-125.
- CURTONI, R.P. 2006. Expresiones simbólicas, cosmovisión y territorialidad en los cazadores-recolectores pampeano. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXI:133-160.
- CURTONI, R.P. 2007. Análisis e interpretación de las rastrilladas indígenas del sector centro-oeste de la provincia de La Pampa. *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana* 1:65-92.
- DAVID, B. y J. THOMAS. 2008. Landscape archaeology: introduction. En *Handbook of Landscape Archaeology*, editado por B. David y J. Thomas, pp. 27-43. World Archaeological Congress. Research Handbooks in Archaeology. Left Coast Press, Walnut Creek CA.
- DAVID RAMSEY MAPS. <http://www.davidrumsey.com>
- GARAVAGLIA, J.C. 2012. La pampa como ecosistema, siglos XVI-XIX. En *Historia de la Provincia de Buenos Aires. Tomo 1: Población, ambiente y territorio*, editado por H. Otero, pp. 79-112. Unipe Editorial Universitaria, La Plata y EDHASA, Buenos Aires.
- GÓMEZ ROMERO, F. 2002. Philosophy and historical archaeology: Foucault and a singular technology of power development at the borderlands of nineteenth century Argentina. *Journal of Social Archaeology*, 2(3): 402-409.
- GÓMEZ ROMERO, F. 2007. *Se presume culpable: una arqueología de gauchos, fortines y tecnologías de poder en las Pampas Argentinas del siglo XIX*. Editorial de los Cuatro Vientos, Buenos Aires.
- GUTIÉRREZ, E. 2001 [1886] *Croquis y siluetas militares. Escenas contemporáneas de nuestros campamentos*. Emecé, Buenos Aires.
- LEONI, J.B.; D. TAMBURINI; T. ACEDO y G. SCARAFÍA. 2006. Arqueología del Fuerte General Paz (Partido de Carlos Casares, Pcia. de Buenos Aires), comandancia de la Frontera Oeste (1869-1876). *Revista de la Escuela de Antropología (UNR)* XII:149-162.
- LEONI, J.B.; D. TAMBURINI; T. ACEDO y G. SCARAFÍA. 2007. De balas perdidas y vidrios rotos: distribución espacial de artefactos superficiales en el Fuerte General Paz (1869-1876). *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana* 1:29-64.

- LEONI, J.B.; D. TAMBURINI; T. ACEDO y G. SCARAFÍA. 2008. El Fuerte General Paz y el Fortín Algarrobos: Arqueología de emplazamientos militares en la Frontera Oeste de Buenos Aires (1869-1876). *Revista de la Escuela de Antropología (UNR)* XIV:45-58.
- MANDRINI, R. 1986. La sociedad indígena de las pampas en el siglo XIX. En *Antropología. 2da Edición*, compilado por M. Lischetti, pp. 205-230. Eudeba, Buenos Aires.
- MANDRINI, R. 1992. Indios y fronteras en el área pampeana (siglo XVI-XIX). Balance y perspectivas. *Anuario del IEHS* VII:59-73.
- MCCARTHY, M. 2008. Boundaries and the archaeology of frontier zones. En *Handbook of Landscape Archaeology*, editado por B. David y J. Thomas, pp. 202-209. World Archaeological Congress. Research Handbooks in Archaeology. Left Coast Press, Walnut Creek CA.
- MCGUIRE, R.H. 1991. Building Power in the Cultural Landscape of Broome County, New York 1880 to 1940. En *The Archaeology of Inequality*, editado por R.H. McGuire y R. Paynter, pp. 102-124. Blackwell, Cambridge.
- MINISTERIO DE GUERRA Y MARINA [MGM]. 1870 a 1878. *Memorias del Ministerio de Guerra y Marina*. Buenos Aires.
- PALERMO, M.A. 2000. A través de la frontera. Economía y sociedad indígenas desde el tiempo colonial hasta el siglo XIX. En *Nueva Historia Argentina. Los pueblos originarios y la conquista*, editado por M. Tarragó, pp. 343-382. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- PARKER, B.J. 2006. Towards an understanding of borderland processes. *American Antiquity* 71(1):77-100.
- POLITIS, G. 2012. Las poblaciones prehispánicas. En *Historia de la Provincia de Buenos Aires. Tomo 1: Población, ambiente y territorio*, editado por H. Otero, pp. 213-247. Unipe Editorial Universitaria, La Plata y EDHASA, Buenos Aires.
- QUIROGA, L. 1999. La construcción de un espacio colonial: paisaje y relaciones sociales en el antiguo valle de Cotahau (Provincia de Catamarca, Argentina). En *Sed Non Satiata. Teoría Social en la Arqueología Latinoamericana Contemporánea*, editado por A. Zarankin y F. Acuto, pp. 273-287. Ediciones del Tridente, Buenos Aires, Argentina.
- RAONE, J.M. 1969. *Fortines del desierto. Mojones de civilización*. Tomo 1. Revista y Biblioteca del Suboficial Nro. 143, Buenos Aires.
- RATTO, S. 2007. *Indios y cristianos. Entre la guerra y la paz en las fronteras*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- ROCCHIETTI, A.M. 2007. Arqueología de la frontera. En *Arqueología de la frontera: Estudios sobre los campos del sur cordobés*, editado por A.M. Rocchetti y M. Tamagnini, pp. 221-302. Universidad Nacional de Río Cuarto, Río Cuarto.
- SHACKEL, P.A. 2003. Archaeology, memory, and landscapes of conflict. *Historical Archaeology* 37(3):3-13.
- SIGAL, S. 1972. *Historia de Carlos Casares desde sus orígenes hasta nuestros días*. Carlos Casares, Buenos Aires.
- SIGWALD CARIOLI, S. 1978. *Historia del Pueblo Maya - 1864/1907*. Centro Cultural José Ingenieros, Carlos Casares, Buenos Aires.
- SIGWALD CARIOLI, S. 1981. *Fuerte General Paz. Comandancia de la Frontera Oeste*. Centro Cultural José Ingenieros, Carlos Casares, Buenos Aires.
- STRANG, V. 2008. Uncommon ground: landscapes as social geography. En *Handbook of Landscape Archaeology*, editado por D. Bruno y J. Thomas, pp. 51-59. World Archaeological Congress. Research Handbooks in Archaeology. Left Coast Press, Wal-

nut Creek CA.

THE LIBRARY OF CONGRESS. <http://www.loc.gov/index.html>

THILL, J.P. y J.A. PUIGDOMENECH. 2003. *Guardias, fuertes y fortines de la Frontera Sur. Historia, antecedentes y ubicación catastral*. Tomo I. Servicio Histórico del Ejército. Editorial Edivern, Buenos Aires.

VILLAR, D. 2012. Las poblaciones indígenas, desde la invasión española hasta nuestros días. En *Historia de la Provincia de Buenos Aires. Tomo 1: Población, ambiente y territorio*, editado por H. Otero, pp. 249-277. Unipe Editorial Universitaria, La Plata y EDHASA, Buenos Aires.

ZARANKIN, A. 2008. Los guardianes del capital: arqueología de la arquitectura de los bancos de Buenos Aires. En *Sed Non Satiata II. Acercamientos sociales en la Arqueología Latinoamericana*, editado por F.A. Acuto y A. Zarankin, pp. 325-339. Encuentro Grupo Editor, Córdoba.